

DIVULGACIÓN

La hechicera errante

La bruja en las leyendas
y el imaginario popular

MERCEDES
FISTEUS

algaida



Imagen de cubierta: www.agustinescudero.com

Créditos fotográficos: 123RF (anastasiianastyna; antaresns; morphart; samiramay); Archivo Anaya (García Pelayo, A.); The Cleveland Museum of Art (Purchase from the J. H. Wade Fund 1977.37.2); The Metropolitan Museum (Gift of Henry Walters, 1917; Gift of Joseph W. Drexel, 1889; Purchase, Bequest of Lillian S. Timken, by exchange, and Victor Wilbour Memorial, The Alfred N. Punnett Endowment, Marquand and Charles B. Curtis Funds, 1980; Purchase, C. G. Boerner and Mr. and Mrs. Alexander B. Slater Gifts, 2010; Purchase, Edward S. Harkness Gift, 1926; Purchase, Joseph Pulitzer Bequest, 1962; Rogers Fund, 1921; Rogers Fund, 1962; The Elisha Whittelsey Collection, The Elisha Whittelsey Fund, 1959; The Elisha Whittelsey Collection, The Elisha Whittelsey Fund, 1960; The Elisha Whittelsey Collection, The Elisha Whittelsey Fund, 1967; Theodore M. Davis Collection, Bequest of Theodore M. Davis, 1915)

Primera edición: 2023

© Mercedes Fisteus, 2023

© Prólogo. Magia y literatura: José Ángel Mañas, 2023

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

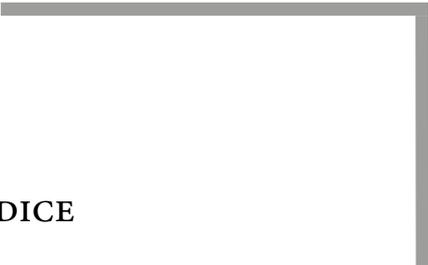
ISBN: 978-84-9189-826-9

Depósito legal: SE. 16-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



ÍNDICE

Prólogo. Magia y literatura.	13
Prólogo de la autora	17
Capítulo I: Las primeras edades y el dios astado.	19
Capítulo II: La guerra de los dioses	25
Capítulo III: El Imperio de Isis	29
Capítulo IV: Salomón y los demonios del desierto.	38
Capítulo V: Aktum, los <i>maleficia</i> y el <i>speculum</i>	43
Capítulo VI: El juicio de Salomón y su grimorio	53
Capítulo VII: El despertar de la Hélade	63
Capítulo VIII: Lobas de Tesalia	78
Capítulo IX: La metamorfosis y los druidas	87
Capítulo X: El Valle sin Retorno de Morgana	110
Capítulo XI: La primera bruja y los primeros venenos . . .	124
Capítulo XII: Bienvenida a la modernidad. A la caza de herejes y brujas	139
Capítulo XIII: España, el país de las brujas	155
Capítulo XIV: La encantadora de lobos	170

Capítulo XV: Los hechiceros de España y el destino de las cartas	181
Capítulo XVI: De los chamanes de El Dorado al vudú de Nueva Orleans	199
Capítulo XVII: La guerra y el místico hombre de Siberia .	219
Capítulo XVIII: La guerra de las brujas y el New Age	228
Capítulo XIX: Pasado, presente y futuro de las brujas	245
Anexos	253
Agradecimientos	279



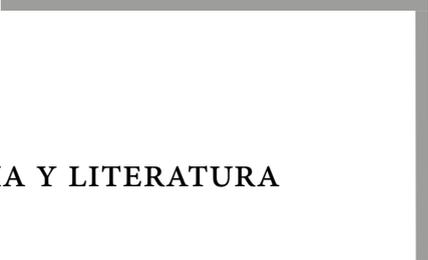
*A mis padres, por iniciarme en el
camino de la literatura y, sobre todo,
en el camino de la vida. De ellos
aprendí que todo llega.*

*Good people are like candles: they
burn themselves up to give others
light.*

(Proverbio turco)

Dejo registrado que, si vuelve la
Edad Media, yo estoy del lado de las
brujas.

(CLARICE LISPECTOR)



PRÓLOGO. MAGIA Y LITERATURA

Siempre que pienso en la magia me viene a la mente *El año del pensamiento mágico*, de Joan Didion. Con este texto la autora exorcizó el año de duelo que siguió a la muerte de su marido. El dolor, nos explica, era tal que su racionalidad se vio agredida y que, durante muchos meses, esperaba que su esposo apareciera a la vuelta de la esquina, que le abriera la puerta al regresar a casa, que le diera un beso a la hora de acostarse... Era tal su necesidad de creerlo que, nos dice, llegó, prácticamente, a abdicar de su razón.

Creo que el ejemplo de Joan Didion resulta muy revelador de nuestra relación con la magia. Desde niños anhelamos creer que hay algo más, que no todo se reduce a las leyes naturales, que hay ciertos poderes que pueden operar por encima de ellas. Eso también tiene que ver con el sentimiento religioso: lloramos por la noche implorando a Dios que nos escuche, que se manifieste. Anhelamos sentir esa presencia sobrenatural que dé algún sentido a nuestra existencia.

La literatura tampoco es ajena a esta necesidad de sentido. Sartre la definió como la *hermenéutica del silencio*, que es una de

las definiciones más brillantes que yo conozco. El silencio recubre aquello que es tabú en una sociedad y, por lo tanto, la auténtica literatura sería aquella que logra poner palabras sobre lo inefable, sobre ese territorio inexplorado e inexplicado por el lenguaje: la misma región que ha sobrevolado siempre el universo literario fantástico.

Valga este prelude para entender la atracción fatal que ejerce sobre nosotros, incluso sobre los más racionales, todo lo inexplicado y a veces inexplicable, que es el refugio natural de la magia. Y aunque poco a poco va estrechándose ese terreno, a medida que ciertas preguntas encuentran respuesta aparecen nuevas preguntas y enigmas, nuevos hechos inexplicados y misteriosos. Y es bueno que sea así. Jamás conseguiremos explicarlo todo en el universo, y en consecuencia jamás conseguiremos expulsar del todo la creencia en la magia.

Conocí a Merche Fisteus durante la promoción del premio Ateneo del año 2019. Yo había ganado aquella edición con mi novela *La última juerga*, y ella había ganado el Ateneo Joven con *Dentro de dos años*, una atrevida reinterpretación de la famosa caza de brujas que se dio en Salem, pueblo de nombre hoy mítico. Lo primero que me llamó la atención fue la soltura con la que una chica tan joven —entonces tenía 23 años— contestaba a todo en las entrevistas, lo bien que articulaba su pensamiento y se desenvolvía ante los medios, algo que a mí me ha costado décadas.

Como es lógico, la brujería estaba en el centro de su discurso y de inmediato me di cuenta de que era una persona perceptiva, sensitiva, extremadamente intuitiva. «Tienes razón. Supongo que tengo algo de bruja», me dijo durante una de nuestras comidas. Y es cierto que su relación con el mundo no se restringía a lo cien por cien racionalizable, sino que, como cualquier espíritu romántico —los sigue habiendo—, prestaba atención a

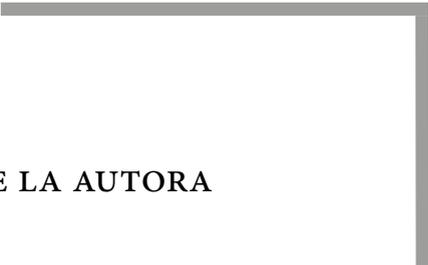
muchos otros aspectos y «señales» presentes a nuestro alrededor.

Consecuentemente, debo decir que no me extrañó nada cuando me llegó esta obra, la que será su segundo libro publicado, y vi que versaba exclusivamente sobre brujería. No me ha extrañado porque es una continuación temática de su ópera prima y porque entronca con una obsesión que tiene Merche Fisteus, que desde muy niña se ha preocupado por todo aquello que rodea al universo de las brujas.

La hechicera errante es la suma de todo lo que ha podido saber, a través de sus muchas lecturas y viajes, sobre este universo. Y todo lo ha concentrado en este libro y lo ha hecho —es uno de sus grandes aciertos— con un tono que resulta casi novelesco, muy narrativo y tremendamente agradable de leer.

Es de la mano de este personaje inmortal errante, cuya voz es otro de los grandes aciertos del texto, que vamos a recorrer los siglos y milenios de la historia de la humanidad y a descubrir cómo ha ido cambiando la percepción social de la brujería y, con ella, las propias brujas. Es un viaje que resultará al lector no solo interesante, sino al mismo tiempo ameno y literario. Merche Fisteus escribe con una naturalidad maravillosa —nunca mejor dicho— y tiene una enorme sensibilidad para este asunto, y una erudición que iluminará a los profanos y que a los ya iniciados los ayudará a refrescar la memoria y a organizar lo que ya saben. En definitiva, un libro muy logrado y recomendable... Para todo aquel que crea en las brujas, por supuesto.

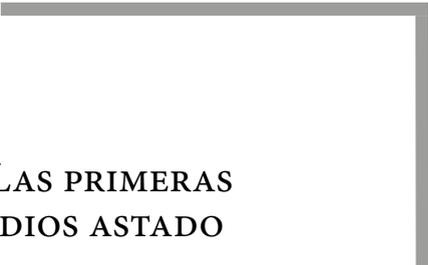
José Ángel Mañas, febrero de 2023



PRÓLOGO DE LA AUTORA

Cuando las personas mueren en su vejez, suelen olvidar las cosas reales que han pasado, y tienen visiones extrañas que llaman alucinaciones. Ven monstruos, bichos, hombres en sucesión que portan antorchas, sacerdotes; tienen conversaciones con hermanos o amigos fallecidos hace mucho o los visita alguien extraño, que se esconde debajo de la cama, en los armarios o tras la ventana, y que no es más que la Parca.

Las personas olvidan cosas, desdibujan otras y ven estas visiones, tan reales que necesitan una luz para ahuyentarlas. En mi caso, yo no olvido porque no muero y, sin embargo, llevo teniendo visiones desde hace mucho. Y necesito la luz no para alejar las imágenes, sino para atraerlas.



CAPÍTULO I: LAS PRIMERAS EDADES Y EL DIOS ASTADO

1

En las primeras edades, aquellas que luego llamaron del Bronce y del Hierro, las cosas eran muy distintas, y yo no siempre tuve nombre. La singularidad no era importante, necesitábamos estar todos juntos, en todo momento y sin conciencia de nada más. No nos hartábamos de los otros como tal, no queríamos estar solos, no teníamos una especialidad que reclamara un nombre propio. El único al que nos dirigíamos así era al jefe, cuando comenzaron las jerarquías, y al dios. Este último nos proveía, así que para nosotros tenía unos grandes cuernos, que se nos antojaban poderosos y eran como los de los animales que veíamos, los que él nos traía. Suyos eran los antílopes de la sabana, los rinocerontes del barro, el gran búfalo y hasta los ciervos y alces de los bosques, allá donde estuvieran.

Este dios era bueno, pero su mundo era entonces un lugar desolador en la inmensa extensión que no conocíamos. Claro que no lo percibíamos así, nuestros sentimientos eran inexplicables y nada concretos, por lo que no puedo recordar cómo me

encontraba exactamente. Tan solo puedo vislumbrarlo a la luz del ahora, con todas las explicaciones que tengo en mi poder, y que entonces no tenía. El abanico de emociones y necesidades que ha desarrollado el hombre es abrumador. Allí tan solo nos movíamos, recogíamos, despedazábamos, curtíamos y bailábamos, al son de unos ritmos que ya habíamos encontrado. Cuidábamos a los más pequeños y en espera de los hombres, que iban a cazar, desarrollamos una clase de reunión solo para nosotras. En ella pedíamos más embarazos, más comida, que el cielo no rugiera y que la oscuridad no nos llevase, pues nos daba mucho miedo no despertar y no entendíamos por qué dormíamos, por qué a veces desfallecíamos o en qué consistían los sueños, vivencias rarísimas de las que no quedaba evidencia en la madrugada. No teníamos conceptos para ello, y era como si muriéramos cada vez que nos cansábamos. Pero lo necesitábamos, y creo que por eso adorábamos al dios, a pesar de que de vez en cuando, alguno ya no volvía. Nunca hemos sabido afrontar la desaparición, pero creíamos que el dios se llevaba a algunos de nosotros y se alimentaba de sus cuerpos, igual que nosotros nos comíamos a sus animales. Para desearle un buen banquete y evitar que nos acosaran las aves carroñeras, o que nos mareara el hedor, empezamos a enterrar debidamente a los que partían, antes de que se deshicieran. No estoy segura de quiénes pensaban en ello como un final o como una fase, pero las primeras palabras al respecto hablan de un viaje. Quizá por eso algunos comenzaron a guardar enseres con los cuerpos ya maltrechos.

Como veis, aunque Dios era bueno, no daba nada gratis, pues siempre había muerte y dolor, a cambio de nuevos miembros y nuevo alimento. A veces incluso los muertos nos servían, y esa era la manera de dar y obtener. Tampoco lo comprendíamos todo, pues cuando morían los bebés o las mujeres en los partos, nos golpeaba una confusión muy intensa, y ni los jefes

podían explicarlo. Sin embargo, pocas explicaciones radicaban en el accidente. Aún en las primeras edades, aunque inconscientemente, nosotros ya demandábamos justificaciones, algún patrón en el funcionamiento de la existencia. Lloramos y pedimos, de manera torpe y nada contenida, desde el principio de los tiempos, esperando que no fuera algo ingrato.

Hablábamos el idioma primigenio, pero nos gustaba más bailar o pintar. Los hombres, cuando volvían con las presas, venían entre vítores, pero estaban acostumbrados al silencio de la caza. Iban poco a poco, midiendo cada pisada y cubiertos de pieles, de tal forma que ellos mismos se convertían en animales, cuidadosos como hienas y ágiles como gacelas. Los padres de la metamorfosis, los hombres-leopardo, los hombres-lobo... pero hombres, al fin y al cabo. Ellos no debían hacer ningún ruido cuando acechaban al animal, y aprendieron a organizarse con signos, mas nunca llegaron a desarrollar lo que luego las mujeres llamaron conexión o intuición, más allá de eso. A veces los sexos se juntaban en sus tareas, pero normalmente no era así. Hoy, todos bailan y todos hablan, pero nosotras nos vemos mejor haciéndolo, nos comunicamos con más detalle, mientras que en ellos reposa la paciencia y la sencillez del eterno cazador.

2

Un día de aquellos, que luego siguió a otros, me dispuse a crear un juguete para mí que complaciese a nuestro dios y que me permitiese practicar con la daga. Cogí una roca y varios huesos, y amarré una de las armas puntiagudas que dejaban los hombres en la cueva mientras dormían, y que era manejable. Lo suficientemente grande para ir separando la piel del animal, pero no lo bastante para matarlo de un tajo. Era perfecta para mí. Así, no-

che tras noche mirando la luna, ese agujero luminoso del cielo, fui haciendo la forma que yo quería, con ayuda del arma y algo para golpearla contra la piedra. La roca era de esas que se podían llegar a erosionar si se trataba con paciencia, sobre todo si se utilizaban varios artefactos, aunque muy primitivos. No imaginaba ninguna forma que no fuera la nuestra o la de los animales, así que le hice piernas, brazos, pies y manos, una cabeza y arriba, coronándolo, unas astas con huesos bien atados, como las del dios que imaginábamos. Pensé en hacerle alas y en ponerle pelo, pero decidí dibujarle una cara antes de todo eso. Y lo hice porque desde que incluí los cuernos, que se movían demasiado, sentí que el dios estaba mirándome fijamente, porque lo imitaba a él. Así que tenía que darle expresión, completar la tarea. Pensé que lo importante, lo que necesitaba, era ante todo unos ojos, porque el dios tenía que poder verlo todo. De hecho, solía pensar en la luna y el sol como los ojos de Dios, las estrellas como lunares. Se suponía que cuando todo estaba oscuro, el dios cerraba su ojo solar y abría el lunar, igual que nosotros bajábamos nuestros párpados en la noche. Durante esa franja, todos parecían dormir, a no ser algunos seres que seguían haciendo ruidos largo tiempo. Era el momento más frío y desconocido, que pronto albergaría misterios, monstruos nocturnos, espíritus y entradas al hogar de los muertos, en las zonas donde se levantaban neblinas. Muchos temían que, si no procurábamos contentar al dios, nuestro mundo se quedaría sumido en esa oscuridad. La deidad nos lo advertía cada noche.

Sin embargo, al tallar dichos ojos, yo no sentí que el muñeco del dios pudiera ver algo. Nuestros ojos eran diferentes: había líneas con el color de la tierra o del cielo, y siempre estaba ese punto negro del medio. Pero, además, esa luz que tenía el agujero del cielo, la luna, se fundía también en nosotros. Así que traté de imitar todo aquello en mi figura, a base de machacar

plantas y otras cosas para hacer polvos de colores, mezclándolos con grasa. El mundo era color, siempre lo había sido. Aquellos que no veían no habían nacido del todo.

En el mismo momento en que le perfilé el iris, el viento de la noche me trajo una voz que solo yo escuché, profunda y húmeda como lodazal que hubiese cruzado en jornadas pasadas, aunque no entendí nada. Era solo ruido, extraño e incluso infernal, ya que ahora lo puedo describir. No entendí lo que sucedió, pero con el paso del tiempo yo me convertí en el muñeco, o el dios me transformó en él: inmortal como la piedra, que apenas cambia de aspecto. Y vidente, pues los ojos que le di al dios me fueron devueltos a través del don del fuego. En él veía cosas que pasaban después, y él me avisaba cuando debía irme. Fue un regalo inmenso, pero cuando todos iban cayendo e iba quedando claro que el tiempo no se fijaba en mí, amanecía un día con un sol rojizo, como de fuego y humo, y sabía que tenía que irme a otra parte, a otra suerte. Me guiaba una certeza extraña. Podría haberme revelado como un ser superior, que aguantaba tiempo, inclemencias y dolores, pero no quise tentar a las fuerzas ni a las reacciones de los hombres. A mi dios le seguí rezando incluso cuando aparecieron otros, sin importar los clanes ni los lugares... ni los sentimientos. Pero nunca me volvió a hablar, ni siquiera cuando le pedí por otros. Ni siquiera cuando le pedí por ellas, por las brujas. Y he conocido a muchas, hoy nombres de leyendas, pero también parte de mí. Mas algunas, siendo más impresionantes que yo, jamás tuvieron mis dones, pero el mundo las recuerda y a mí ni me han visto. Aun así, nadie podrá conocerlas como yo.

De todos los seres que he cruzado e imaginado, ninguno ha tenido la relevancia de la bruja. Algo que me ha parecido real tantas veces, pero que encierra tantas mentiras, y que tiene la seducción de lo oculto. La bruja nació en la tormenta de la no-

che y anidó en el miedo del hombre, que vuelca en su figura todo lo que alguna vez ha temido... o ha deseado. ¿Hay, acaso, algo tan fascinante como la hechicera? Ella reúne la historia, el conocimiento y la magia, como si fuera la gran rueda del mundo. Ella sola explica el avance de los tiempos, y ni un millón de laboratorios ni televisores han podido destruirla. La superstición mantiene al hombre vivo, alerta, y revela el temor como algo necesario para sobrevivir. Por todo eso, mi vida inmortal ha topado una y otra vez con el mundo de la brujería. Yo he sido empuje en ese mundo.

Deja que te cuente lo que sucedió, mientras mi memoria desanda el largo camino de mi vida, retándose a sí misma. Mi historia es la tuya.

